

Saga Conquista II

EN BUSCA

DE LA

Redención

MAR ÁLVAREZ

Manuel es un hombre atormentado por sus fantasmas. En el pasado, viajó al Nuevo Mundo y allí cometió un terrible crimen movido por los celos y por su carácter misógino y carente de honor. Con sus fechorías les ha fallado a su mejor amigo, a la que fue su prometida y, sobre todo, al mejor hombre que ha conocido nunca, su padre.

Su mala vida le lleva a enfrentarse cara a cara con la muerte. Este hecho le demuestra que es imposible que su existencia pueda ser más indigna y resuelve que la mejor manera de saldar las cuentas que tiene pendientes con Dios es poniéndose en manos de la justicia de los hombres.

Cuando comprende que su existencia no tiene sentido y que sus malas acciones de antaño no le hacen merecedor de una segunda oportunidad, aparece un ángel en forma de mujer dispuesta a liberarlo de los demonios que le atormentan y a hacerle creer que todo ser humano, incluido él, merece la redención cuando su arrepentimiento y sus ansias de enmienda son sinceras. Pero solo tiene una manera de conseguir saldar sus viejas cuentas con el Altísimo: renunciar a ese ángel que le ha llenado de esperanza, convirtiendo la separación en su mayor penitencia.

*A María del Mar y Victoria, mis dos pequeños
milagros que me han enseñado a no rendirme,
por más que la vida se empeñe en poner obstáculos.
Sois la luz de mis ojos y mi mayor orgullo.
Os quiero, Mamá*

Capítulo 1

El pesar de don Felipe

Sevilla, 1 de enero de 1496

Don Felipe Espinosa era un buen hombre, de gran corazón y rectos principios, que había tratado de inculcar tanto en su hijo Manuel, como en su ahijado, Javier, a quien había criado y educado como si de otro hijo suyo se tratara, aunque en realidad no fuera de su propia sangre.

Sin embargo, en aquellos instantes, sobre ese gran corazón recaía un profundo pesar. En circunstancias normales, estaría celebrando la llegada del nuevo año junto a sus seres más cercanos, pero la noticia que le acababan de dar pesaba como una losa sobre el ánimo del buen señor.

Sólo unas horas antes, él también había tenido motivos suficientes para formar parte de la fiesta: Por un lado, su amado hijo, Manuel, díscolo y rebelde hasta hacía no mucho, había recuperado el sentido común y se estaba convirtiendo en lo que siempre había soñado para él: un hombre cabal y de provecho y, sobre todo, un hombre de bien. Por otro lado, su otro *hijo*, Javier, había regresado del Nuevo Mundo y habían vuelto a recuperar el contacto perdido desde hacía algún tiempo por circunstancias que era mejor dejar en el pasado. Además, lo había convertido en *abuelo* de un chiquillo que, si bien no era hijo natural

de Javier, lo había adoptado de una familia nativa que había perdido la vida cuando el crío no era más que un recién nacido. Javier, como padrino del bebé, se había hecho cargo de la criatura y había decidido criarlo como si fuera sangre de su sangre, al igual que había hecho el propio don Felipe con él muchos años antes.

Pero su pesadilla había empezado aquella última noche del año cuando recibió aviso de que su ahijado, al parecer, se había llevado a su esposa de casa de sus padres a la fuerza. Don Ramón Balboa, conocedor del vínculo tan estrecho que unía a don Felipe con el que se decía su yerno, había requerido su presencia para interceder como mediador de la situación, llegado el caso. Y en esa reunión acontecida en casa de Javier había sido informado de la terrible noticia que ahora lo atormentaba: su hijo, Manuel, era responsable directo de la matanza de hombres, niños y mujeres indígenas indefensos de una pequeña aldea cercana al asentamiento de La Isabela, en las Indias Occidentales, aquella de donde habían recogido al chiquillo que ahora consideraba su nieto.

Javier había tratado de ocultárselo para no causarle dolor. Sin embargo, su mujer, Mariana, no había tenido tanta consideración, furiosa como estaba por la pérdida de quienes consideraba grandes amigos a manos de los secuaces de su hijo. Don Felipe había buscado la confirmación de tales hechos en la mirada de su ahijado, sabedor de que no le mentiría ante un hecho de tal gravedad. Y para su desgracia, tuvo la certeza de que lo que allí se había dicho no faltaba a la verdad, haciéndole sentir el más absoluto fracaso como padre.

A pesar de esa certeza, don Felipe necesitaba que fuera su propio hijo quien se lo dijera a la cara y mirándole a los ojos, si es que le quedaba honor y vergüenza para ello. Nada más salir de la casa donde había sido revelado el secreto, y a pesar de ser altas horas de la madrugada, dirigió sus pasos errantes hasta el domicilio de Manuel. Declinó

el ofrecimiento de don Ramón de llevarlo de vuelta a su hogar, ya que necesitaba caminar y, sobre todo, pensar. Además, el hombre regresaba a su propia casa acompañado de su hija, que había decidido volver a la protección de los suyos ante la falta de entendimiento con su marido. Se le antojaba incómodo desplazarse en compañía de la muchacha, aunque siendo la esposa de Javier, no tendría más remedio que aceptarla como nuera. Pero ese era un problema que en aquellos instantes se le antojaba secundario.

Al llegar a su destino, golpeó la puerta principal con fuerza, aún a sabiendas de que posiblemente a aquellas horas no encontraría a nadie despierto que pudiera abrirle con rapidez. Siguió insistiendo hasta obtener resultado, a pesar de que de alguna que otra vivienda cercana pudo escuchar una sarta de improperios por el escándalo formado a esas horas de la noche.

—Por el amor de Dios, ¿quién va? —oyó decir cuando al fin alguien se dispuso a atender su llamado. Reconoció la voz de uno de los sirvientes de la casa, así que se limitó a dar su nombre sin más.

El chirrido de un cerrojo que abría un pequeño ventanuco enrejado resonó en la oscuridad. Un confuso sirviente, que portaba una simple vela en la mano, elevó el candil para corroborar que el sonido de la voz del hombre era en verdad la del padre de su señor, tal y como le había parecido apreciar.

—Abra la puerta con urgencia, buen hombre —lo apremió don Felipe.

De nuevo el sonido de unos goznes y algún que otro cerrojo más se hizo notar en el silencio, abriendo lo suficiente para dejar el paso expedito.

—Mi señor, ¿qué le trae por aquí a estas horas? ¿Se encuentra usted bien? —Por la indumentaria que vestía aquel buen hombre, era evidente que lo había levantado de la cama.

–Mi hijo, ¿se encuentra en casa? –Su tono serio y su gesto adusto no hacían presagiar nada bueno.

–Sí, mi señor. Llegó hace bastante rato y se retiró a sus aposentos. Si usted lo dispone, voy a avisarle de inmediato.

Nada más entrar en la casa, don Felipe pudo percibir el calor de hogar de chimeneas que debían haberse apagado no hacía mucho tiempo.

–Si me cede su candil, no será necesario que lo llame. Conozco el camino de sus habitaciones y yo mismo me encargaré de despertarlo. –No obstante, antes de continuar, se giró hacia el joven que le había atendido–. ¿Sabe si mi hijo está solo o se encuentra acompañado?

El sirviente contuvo una medio sonrisa. A pesar del cambio obrado en los últimos tiempos en su señor, todavía se preciaba de llevar compañía femenina a casa con bastante asiduidad.

–No me consta que nadie lo haya acompañado a su regreso. Por tanto, me inclino a creer que debe estar solo, señor.

–Mejor así. Ahora, vuelva a la cama, buen hombre, y continúe durmiendo. A partir de ahora me las apañaré yo solo. Buenas noches.

Don Felipe continuó su camino hasta el dormitorio de Manuel, donde entró sin llamar para encontrar a su hijo cobijado bajo las mantas de su mullido lecho. Era una cama excesivamente grande con un gran dosel y cortinas de terciopelo en tonos granates con bordados dorados a su alrededor. Por fortuna, tal y como le habían dicho, estaba solo, así que se dispuso a despertarlo sin contemplaciones.

–Manuel, abre los ojos y levanta –lo increpó con voz seria. Como no respondiera a la primera, lo zamarreó hasta conseguir que despertara.

El joven, sumido en un profundo sueño y ante la insistencia de las sacudidas, alzó la cabeza lo suficiente para

encontrarse con una vela encendida casi a la altura de los ojos.

—¿Padre?

—Vamos, hijo, despierta que debo hablar contigo de un asunto muy serio.

Manuel dejó caer la cabeza con pesadez sobre la almohada, tratando de despejarse de los vestigios del sueño. ¿Qué demonios quería su padre a esas horas de la noche?

—¿No podemos dejarlo para mañana, padre?

Como respuesta, éste se limitó a insistir con unos nuevos golpes sobre su hombro, por lo que a Manuel no le quedó otra que incorporarse con un suspiro de cansancio. No hacía mucho que se había acostado y se debatía contra el sopor del primer sueño.

—Ya va, hombre, por Dios... Encienda algo de luz y quíteme esa vela de la cara. Hay un candelabro sobre la chimenea. Deje al menos que me despeje un poco y me ponga algo de abrigo sobre los hombros —se quejó reprimiendo un bostezo.

Cuando don Felipe terminó de encender la luminaria, Manuel acababa de ajustar el cinto de la su bata de terciopelo azul, y se mesaba, aún medio dormido, su pelo negro.

Manuel se parecía mucho a su padre en cuanto a físico se trataba. Ambos eran altos, de algo más de metro ochenta y cinco, pelo negro azabache y unos profundos ojos verdes. De pómulos altos, labios finos y nariz bien proporcionada, ambos hombres estaban de muy buen ver. Pero si bien el cuerpo de Manuel era delgado, musculoso y bien formado, don Felipe había ganado bastante peso en los últimos años y ya se evidenciaban los rasgos del paso de los años en su hermoso rostro. Aun así, tanto uno como otro, siempre habían afrontado de distinta manera su trato con las mujeres: si bien el mayor era un hombre discreto a quien rara vez se le había podido emparejar

con nadie más allá de su difunta esposa, Manuel era, o había sido, lo que se podía denominar un auténtico sinvergüenza sin escrúpulos de ningún tipo. Pero claro estaba, a sus impetuosos treinta años, había tenido ocasiones más que suficientes de aprovecharse de la bendición del físico que Dios le había regalado, manteniendo relaciones con mujeres de todo tipo, condición y edad. Además, era un hombre que destilaba seguridad en sí mismo, rozando incluso la prepotencia, y si se lo proponía, era fácil que una mujer sucumbiera a sus encantos. Curiosamente, la única que no lo había hecho, había sido su prometida y desde que ella entrara en su vida, todo le había ido de mal en peor, hasta que por fin pudo levantar la cabeza y enderezar su rumbo de nuevo.

—¿Se puede saber que le trae por aquí a estas horas, padre?

—Vengo de casa de Javier.

Manuel levantó la ceja con ironía.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? ¿Me echaba de menos o es que mi amigo la ha vuelto a liar otra vez? Por el gesto de su cara, me inclinaría más por esto último. ¿Qué ha sido pues?

—Ha raptado a su mujer.

Manuel se llevó las manos a la espalda y sonrió.

—¿Será posible que mi *hermanito*, tan perfecto él, haya podido hacer algo malo que lo ponga de mal talante, padre?

Don Felipe desechó la cuestión con un gesto de mano.

—Esta noche ha demostrado que la niña es en verdad su esposa, así que tiene derecho a llevársela donde estime conveniente. Pero no es por él por quien he venido a buscarte, sino por ti.

Manuel suspiró.

—Era de esperar... y ¿qué se supone que he hecho ahora para que esté tan contrariado, padre?

–No es ahora, sino lo que he oído que hiciste hace dos años.

Al joven se le mudó el gesto por completo. La irónica sonrisa inicial que había mostrado había desaparecido al intuir lo que su padre iba a decirle a continuación.

–Acabo de escuchar una historia horrible sobre un suceso infame acaecido en La Isabela durante tu estancia y del que me aseguran fuiste parte involucrada.

Cualquier resto de sueño que pudiera haber tenido Manuel desapareció al instante.

–¿Se lo ha contado él?

–No; fue su mujer, Mariana. Cuando cuestioné a Javier para que me confirmara lo que me acababan de relatar, no pudo negarlo.

–¿Desde cuándo sabe Mariana algo de lo que sucedió? Ella ni siquiera estuvo allí cuando tales hechos ocurrieron.

–Obviamente, desde que su marido la puso al tanto. Pero da igual quien me haya contado lo que pasó. Si he venido aquí es porque necesito que seas tú, mirándome a los ojos, quién me confirme si es verdad.

Manuel suspiró hondo y trató de mantener la compostura.

–No sé qué le habrán contado, por lo que no le puedo verificar con exactitud qué extremo desea saber. Pero si me está preguntando si participé en los hechos del poblado indígena ocurridos la noche previa a mi partida, no le voy a negar, más a mi pesar de lo que usted se imagina, que es cierto. –Cruzó los brazos delante del pecho y perdió la mirada en un punto indeterminado. No le resultaba fácil mirar a los ojos a su padre, tal y como él pedía–. No puedo decirle que esté orgulloso de aquello, pero no le mentiré. Promoví y participé aquella noche en la destrucción del poblado y sus habitantes, aunque por desgracia he de admitir que el asunto se nos fue de las manos. Mi intención era tomar venganza por lo que ocurrió en el Fuer-

te de Navidad y bueno –suspiró–, lo que sucedió entre Mariana y Javier también influyó, pero cuando el resto de participantes empezaron a desquiciarse, me di cuenta de que aquello había sido demasiado. Ya no podía hacer nada por detenerlo, así que me marché antes de que todo terminara.

Don Felipe cerró los ojos con pesar. Manuel no era un hijo perfecto, pero al menos quería pensar que tenía ciertos principios y cierto grado de honorabilidad. Pero no había honor alguno en asesinar a traición a un poblado pacífico en el que no solo había hombres, sino también mujeres y niños. Aquello no era un *incidente* como él lo había calificado; aquello era mucho más.

–¿Cuántos, Manuel? ¿A cuántos mataste tú?

Por primera vez en su vida, a Manuel se avergonzó de mirar de frente a su padre, así que se giró para no mostrar su propio dolor y sus propios remordimientos, que no dejaban de ser un síntoma de su propia debilidad.

–No lo sé... dos, tres, quizás cuatro.

–¿Alguna mujer o infante?

Manuel se volvió para fijar la vista en su padre de nuevo.

–¡No! Solo fueron hombres, que pudieron haber presentado batalla a poco que... –dejó la frase inconclusa.

–A poco que no les hubierais atacado a traición con nocturnidad y alevosía, ¿no?

Manuel respiró hondo.

–Así es.

Don Felipe asintió.

–En cualquier caso, me dicen que en el poblado podría estar formado por una cincuentena de almas. Y obviamente tú no pudiste participar solo. Quiero saber el nombre de los implicados.

–¿Para qué? ¿Devolverá ello acaso la vida a esas gentes?

–Ya sabes para qué.

Manuel le mantuvo la mirada a su padre antes de contestar.

—¿Vas a denunciarme?

—Sabes cuál es mi obligación, hijo. Mi conciencia y mi honor no me permite dejar las cosas así, por más hijo mío que seas.

Manuel se acercó hasta la ventana solo para perder la mirada en la oscuridad del exterior.

—Sabe, lo podría entender de Javier, ya que se podría decir que fue parte agraviada por los vínculos de afecto que le unían a los que murieron. Pero me dolería que fuera usted quien me entregara a la justicia, padre.

El tono de don Felipe se elevó.

—No te eduqué para que fueras un asesino sin corazón, hijo. No puedes imaginarte la honda pena que siento ahora mismo. Pero también te digo que no permitiré que seas el único que pague por esos crímenes. Quiero los nombres del resto de participantes.

Manuel se volvió de nuevo hacia su interlocutor.

—Padre, éramos algo más de una docena, pero no le voy a dar sus nombres. La mayoría de ellos eran gente importante, con suficientes influencias para que esto quede en nada, ya que no hay más prueba que la palabra de un borracho y mi confesión. Yo fui el instigador y yo solo asumiré lo que me corresponda, aunque sé bien que me costará la vida.

Don Felipe aspiró con dolor. Su hijo debía pagar por sus fechorías, pero era sangre de su sangre y no deseaba verlo muerto. Y menos ahora que se estaba convirtiendo en el hombre que durante mucho tiempo había deseado ver. ¿Cómo poder actuar de manera correcta sin arriesgarse a perder lo que más amaba en la vida? Bien sabía de la amargura con la que su hijo había vuelto de aquel viaje del que tan felices se las prometía poco antes de partir.

Era la segunda expedición del Almirante Cristóbal Colón, y marchaba, junto a Javier, en busca de unas riquezas

que le habían asegurado encontrar, capitaneando su propio barco y al frente de su propia tripulación. Acababa además de comprometerse en matrimonio, aún a su pesar, con Mariana Balboa, la joven que había estado pretendiendo durante los últimos meses y con la que tenía previsto contraer esponsales a su regreso. Asimismo, a la llegada a las nuevas tierras descubiertas, estaba previsto que se encontrara con su primo Fernando Espinosa, que había quedado en El Fuerte de Navidad, asentamiento construido en el primer viaje de Colón a las Indias Occidentales.

Pero nada, nada en absoluto, había resultado salir tal y como se esperaba.

Empezando por el final, se encontraron con el Fuerte de Navidad destruido y todos sus habitantes, desaparecidos, previsiblemente muertos. Nunca quedó claro qué sucedió en realidad, pero todos sospechaban que habían sido asesinados por los propios nativos debido a disputas entre ambos bandos. No obstante, el Almirante dio por buena la versión dada por los indígenas –la única de la que disponía– y todo quedó en nada.

En cuando a la joven Mariana, la muchacha que Manuel había dejado esperando su regreso, se había enamorado de Javier, su mejor amigo y casi hermano, y se había colado en su barco para estar con él. A pesar de sus reticencias iniciales, Javier se había terminado enamorando también de ella y habían contraído matrimonio a escondidas de todos para evitar que nadie pudiera impedir su unión.

Y en cuanto a las riquezas prometidas, nada más lejos de la realidad. No solo no habían encontrado oro, sino que habían pasado continuas penurias de las que había podido escapar, por fortuna, embarcándose en la primera expedición de regreso a España.

Por todo ello, cuando su hijo regresó, no era ni la sombra del hombre despreocupado y feliz que había sido a su partida. Cierto era que nunca había sido un hijo ejemplar,

pero sus desmanes no habían ido más allá de correrías, juergas nocturnas, alguna que otra disputa con algún marido al que su mujer le había puesto la cornamenta y un dispendio económico que podía permitirse.

Pero el hombre que llegó era un desecho humano, y todo lo peor que había vivido antes de marchar se multiplicó por mil. Su mala vida estuvo a punto de costarle la suya propia, contrayendo una enfermedad que a punto estuvo de llevárselo al otro barrio. Pero se recuperó y, por fortuna, verse tan cerca de la muerte lo hizo cambiar por completo. Esa nueva oportunidad que la vida le ofrecía lo estaba convirtiendo en un ser juicioso y correcto, y don Felipe se sentía orgulloso del cambio. Pero esa felicidad acababa de desmoronarse como un castillo de naipes.

¿Merecía esa segunda oportunidad que la vida, e incluso el propio Javier, estaban dispuesto a darle? ¿Debía mirar para otro lado como si nada hubiera pasado? Su conciencia no se lo permitiría... Si nunca hubiera sabido lo ocurrido, no habría pasado nada. Pero sabiéndolo...

El silencio se mantuvo entre ambos unos minutos, hasta que al fin Manuel se decidió a romperlo.

—Padre, le voy a decir lo mismo que le dije a Javier hace unos días. Si me denuncia, lo asumiré y responderé con lo que la justicia exija de mí. Pero créame, y no se lo digo a modo de disculpa, que nada más pesa en mí que mi propia conciencia. Mis pesadillas se ocupan muchas noches de que no olvide lo que hice, y me muestran la peor cara que puede tener un ser humano. Y yo he sido ese ser humano. Lo que haya de venir, bienvenido será. Soy lo suficiente adulto como para afrontar cualquier consecuencia que se derive de mis actos. Lamento no haberme dado cuenta antes y haberle fallado como hijo. Haga usted lo que le dicte su conciencia, que nada le reprocharé.

Don Felipe se quedó sin saber qué decir. La ira que había sentido al llegar se había diluido ligeramente, pero la tristeza y el dolor seguían instalados en su corazón. Con

un breve asentimiento de cabeza, se despidió de Manuel y se fue por donde había venido.